

FRANCISCO DE MIRANDA: SUS ESTUDIOS EN CARACAS

Ildefonso Leal (*)

Poco, muy poco, es lo que se sabe de la educación de Miranda en su Caracas nativa, donde permaneció interrumpidamente desde su nacimiento el 28 de marzo de 1750 hasta el 25 de enero de 1771, cuando zarpó de La Guaira en la fragata sueca *Príncipe Federico* con destino a España.¹ Por primera vez –anota Tomás Polanco Alcántara– el joven Miranda llevó un “Diario” en el cual fue anotando lo que observaba en el curso del viaje; embarcaciones que pasaban cerca, islas avistadas, la fauna marina, la dirección y fuerza del viento, el rumbo, fiestas a bordo con oficiales de otros barcos, lluvias, movimientos del mar, manejo de las velas, etc. Ese *Diario*, junto con otros documentos, comprende 63 tomos manuscritos y se conserva, en óptimas condiciones, en una urna de cristal y madera en la centenaria Academia Nacional de la Historia.

El Archivo de Miranda, patrimonio de la humanidad, comenzó a editarse entre 1929 y 1950 en 24 tomos. Una nueva edición, mucho más amplia y mejor organizada –recuerda Manuel Castillo Didier– se está publicando por las Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela desde 1978. Hasta hoy han aparecido 18 tomos y ojalá pronto concluya la impresión.

Pero ¿qué educación recibió Miranda en su niñez y adolescencia en aquella Caracas poblada de conventos, de rectas calles, de cristalinos riachuelos, de clima primaveral, semialumbrada con rústicos faroles, sacudida por un temblor de tierra en 1766, con una vida pacata, de incienso, rezos, repiques de campanas y oraciones bajo la vigilancia del obispo Diego Antonio Díez

(*) Individuo de Número de la Academia de la Historia, Sillón Letra «O» y Catedrático Titular Jubilado de la Universidad Central de Venezuela.

1. “Entre los pasajeros del barco en que viajaba Miranda, se encontraban el ingeniero Bartolomé Amphoux, quien proyectó un fuerte para la Asunción en la isla de Margarita y, con Antonio Perelló, la Catedral del nuevo Santo Tomé de Guayana o Angostura. Cuánto se habrá deleitado Miranda oyendo abordo la plática del ingeniero rica en detalles sobre España”. Pineda, Rafael. *Iconografía de Francisco de Miranda*, Caracas, Editorial Arte, 2000, p. 146.

Madroñero? Caracas figuraba como una ciudad marcadamente extensa, llena de pugnas y tensiones entre los españoles peninsulares y los ricos hacendados y comerciantes criollos, con indios y negros severamente excluidos y explotados, y con una Compañía vasca, la Guipuzcoana, que monopolizaba el comercio trasatlántico y fijaba a su antojo el precio del cacao y el cupo en los barcos con destino a España.

Miranda provenía, es conveniente recordar, de un hogar modesto, de origen canario, hijo de Sebastián de Miranda Ravelo (1721-1791), natural de Tenerife, y de Francisca Antonia Rodríguez Espinosa, (+1777), caraqueña, hija de padre portugués y madre canaria. Con el tiempo la situación de don Sebastián mejoró, en lo económico, hasta llegar a ser “un hombre de fortuna”, tal como comprueba Tomás Polanco Alcántara.²

II

En aquella Caracas primaveral, de bruñido cielo azul, un tanto agitada por las protestas contra la Real Compañía Guipuzcoana controladora y monopolizadora del comercio del cacao entre España y Venezuela, transcurrió la niñez y adolescencia de Francisco de Miranda, el criollo hispanoamericano más universal del siglo XVIII.

Para algunos estudiosos como Tomás Polanco Alcántara, el niño Miranda vino al mundo en la esquina del *Hoyo*, donde su padre poseía dos inmuebles. En cambio, el erudito investigador Carlos F. Duarte piensa que fue en la esquina hoy llamada *Padre Sierra*, y entonces de la “Divina Aurora”. Allí, en ese inmueble paterno, conocido por el pueblo como *Casa de Miranda*, tuvo lugar el alumbramiento. Esa edificación se conservó hasta 1948 cuando fue demolida para construir un anónimo edificio de apartamentos. Duarte indica que en 1782 vivía Micaela Miranda, hermana de Francisco, casada con Diego Mateo Rodríguez, Receptor del santo Oficio. Este rico funcionario se esmeró en convertir aquella casa solariega en una lujosa y hermosa mansión tanto por su fachada como por su decoración y mobiliario.

2. El padre de Miranda -refiere J. M. Siso Martínez- falleció en Caracas el primero de junio de 1791. Muere miserable, después de haber empeñado los cubiertos de plata, y haber perdonado al andariego (su hijo Francisco), de cuyas andanzas sólo tiene desvariadas referencias. (Veáse: *El paisaje histórico de don Francisco de Miranda*, Revista “Cultura Universitaria” XVII, XVIII, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1950, p. 82).

De acuerdo a ambas versiones Miranda vivía en Caracas en un lugar céntrico, cómodo, protegido por su padre empeñado en que adquiriese una excelente formación académica en una sociedad cerrada, piramidal, donde las profesiones más estimables eran las de sacerdote, abogado y militar. Además se requería tener una piel blanca, un certificado de limpieza de sangre, descender de cristianos viejos, no tener mezclas de moro, gitano, judío, negro o mulato, y estar emparentado con familias pudientes, dueñas de las mejores tierras, del comercio mayorista, de hatos de ganado y propietaria de esclavos. Una rígida barrera económica y étnica separaba a los pobladores, a tal punto que ninguna persona “de color” pudo alcanzar ningún título académico en la elitesca Real y Pontificia Universidad de Caracas en los tiempos coloniales. La Universidad se “democratizó”, abrió sus puertas a los excluidos el 24 de junio de 1827 cuando El Libertador Simón Bolívar y el Rector doctor José María Vargas sancionaron los Estatutos Republicanos. Nunca más se discriminó a nadie en las aulas por el color de la piel, ni por las creencias religiosas.

III

Se dice que Francisco de Miranda recibió las nociones en “primeras letras” en el hogar familiar, sin que se excluya la posibilidad de habersele contratado preceptores particulares.

El historiador Lautico García añade que tal vez recibiera la educación primera en el Convento de Monjas Concepcionista, como sucedió a algunos de sus hermanos y hermanas. Nosotros creemos que su vinculación fue con el Convento de San Francisco, ya que uno de sus maestros el Padre Francisco Santaella dictó allí clases hasta que se le trasladó a Puerto Rico, en calidad de Regente de la Cátedra de Gramática en 1759. Otro de sus primeros maestros fue el laico Don Narciso Yépez.³

El joven Miranda encaminó después sus pasos a la Universidad de Caracas en 1762 cuando contaba 12 años de edad y comenzó su aprendizaje por la cátedras de latinidad, pues el dominio de esta lengua resultaba indispensable ya que las clases se dictaban en latín y en este mismo idioma se rendían los exámenes y se redactaban las futuras tesis para la licenciatura, la maestría en Filosofía y el doctorado en Teología, Medicina y Jurisprudencia Civil y Canónica.

3. Gómez Parente, Odilo, *Los Franciscanos en Venezuela. Labor educativa y cultural durante los años de la Colonia*, Caracas, Imprenta de Miguel Ángel García e hijo, 1997, p. 426.

Miranda cursó latinidad de menores y mayores con don Antonio Monserrate, quien con devoción explicó los cinco libros de Antonio Nebrija, las fábulas de Esopo, los versos de Virgilio, ejercicios de Sintáxis y conocimientos de Retórica.

“En ese nivel escolar –recuerda Polanco Alcántara– el alumno estaba obligado a aprender latín con declinación, conjugación, formación de oraciones, prosodia, ortografía y traducción, especialmente de Virgilio y Cicerón”. El curso comprendía también “nociones de historia profana y sagrada, religión, aritmética y geografía”, es decir, un conocimiento global del saber.

Al finalizar el ciclo preparatorio, Miranda se matriculó en el curso de Artes (Filosofía) leído por el doctor Francisco José de Urbina. Con este afamado maestro estudió Lógica, Física y Metafísica, y conoció –recuerda don Juan David García Bacca – los secretos de la lengua griega con gusto, amor y pasión. También Miranda menciona en su *Diario* a otros profesores: Domingo Velásquez, Narciso López, y el presbítero doctor Gabriel José Lindo, Provisor del Obispado y Rector de la Universidad Caraqueña en los años 1807-1809.

A partir de julio de 1767 el nombre de Miranda no aparece en los registros del archivo universitario y no existe constancia de haber recibido el grado Bachiller en Artes (Filosofía). Tal vez se retiró de las aulas por el duro enfrentamiento de la nobleza criolla contra su padre que vivía “del decente ejercicio y comercio de una tienda de lienzos de castilla” y era capitán de una compañía de blancos isleños que sostenía a sus expensas. Pero los ricos criollos de Caracas encabezados por Nicolás de Ponte y el capitán don Martín de Tovar, promovieron intrigas y hasta lo calificaron de ser “mulato, mercader e indigno” y por esas condiciones, debía ser excluido del mando de las milicias que comandaba.

El 24 de abril de 1769 Diego José Monasterios, Francisco de Ponte y Mijares, José Galindo, Juan Félix Lira y José Francisco Landaeta, a nombre del Cabildo de Caracas, se quejaban, de los desmanes del Gobernador y Capitán General José Solano al formar un nuevo Batallón de Milicias de Blancos con oficiales de baja ralea.

“Algunos de ellos (vergüenza da decirlo) antes habían sido zapateros, otro parece, fue o pudo ser peluquero; otro era y es presuntamente pulpero; otro aún tiene tienda en que varea, y fábrica de pan, que su mujer hace y vende por menor. Este es Sebastián Miranda, natural de las islas canarias, e hijo de Gabriel de Miranda, cuyo oficio allá ha sido navegar un barco pequeño, de los que sirven el tráfico que entre sí hacen... Ha dado además

el Gobernador muchos empleos a personas de la primera distinción... Y adoceno con ellas a Miranda hasta con preferencias del Marqués del Toro y otros nobles de la primera y más distinguida esfera... Venido a esta ciudad Sebastián, y no pudiendo su condición proporcionarle luego decente profesión, tomó la de mercader de calle o cajonero y se casó con una mujer de baja esfera, y que ha tenido y tiene ciertamente una tía casada con un mulato carpintero y un hermano casado con una mulata..."En fin, Sebastián Miranda había manchado el honor de las altas y honorables familias "juntando con hombres plebeyos títulos y personas muy nobles" y "distinguidas matronas" con mujeres de baja esfera. Por lo tanto, vestía y lucía indignamente el uniforme y bastón de capitán"⁴.

Ante aquel escándalo que había vivido su familia, Francisco de Miranda, joven de 21 años, "soltero y libre", sin "que haya dado escándalo, ni mala nota de su persona... y viviendo cristiana y políticamente", resolvió trasladarse a España "para servir a Su Majestad" con su persona "y según se proporcione mi inclinación y talentos". Dejó su tierra, sirvió en el ejército español, vivió en Cuba, rompió con el poder absoluto de la monarquía española, luchó por la libertad de Estados Unidos, Francia y América Hispana. Fue el primero –como destaca Miguel Castillo Didier– que soñó con un continente hispanoamericano libre, unido y fraterno; defendió consecuentemente los derechos humanos y los derechos de la mujer hace más de dos siglos; propició la educación y la cultura popular; se adelantó a su época en diversos planos del quehacer humano; mostró un profundo amor por la cultura clásica griega y exaltó el pasado del indio explotado y menospreciado por algunas fuerzas reaccionarias del imperio hispánico y por la aristocracia criolla venezolana.

IV

Pero ¿qué le debe Miranda a la Universidad de Caracas que lo recibió en sus claustros cuando era un mozalbete de 12 años? Mucho y así lo reconoce en su testamento de 1805 y ratificado en 1810 con estas emocionadas palabras: "*A la Universidad de Caracas se enviarán a mi nombre los "Libros Clásicos Griegos" de mi Biblioteca en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de Literatura y de Moral Cristiana con que alimentaron mi juventud con cuyos sólidos fundamentos he podido superar felizmente los graves peligros y dificultades de los presentes tiempos*". Sin duda, Miranda fue un universitario ejemplar

4. Archivo General de Indias (Sevilla-España) Audiencia de Caracas. Legajo 234.

En total, fueron 142 volúmenes los enviados a Caracas. De esos volúmenes, hoy se conservan identificados, 128. Miranda –advierte Miguel Castillo Didier– acostumbraba marcar y hacer algunas anotaciones en sus libros. “Las marcas que podemos ver en los libros griegos que se han conservado –dice– están siempre hechas con tinta negra y trazos finos, y consisten en subrayados; en líneas verticales. Las anotaciones, todas perfectamente legibles, muestran, inquietudes, gustos, y lo mismo puede decirse de las marcas”.

La Universidad caraqueña tomó conocimiento oficial del cumplimiento del legado mirandino el 15 de marzo de 1828. En Junta General se leyó una carta de Leandro Miranda dirigida al Rector José María Vargas y se aceptó el legado acordando pagar los gastos de la conducción de los libros de Londres a Caracas. Entre mayo, junio y julio de 1829 aquellos libros griegos –apunta Castillo Didier– que a través de décadas habían sido los amados compañeros de travesías espirituales de Miranda... viajaron desde las orillas del Támesis hasta las riberas del Guaire, desde la gran urbe europea a la pequeña ciudad que ostentaba las características de su pasado y las ruinas de guerra y terremoto.

Los libros fueron colocados en un “escaparate aparente”, en la misma sala de sesiones del claustro. Luego con el transcurrir del tiempo los libros se extraviaron por cerca de un siglo hasta su hallazgo por don Pedro Grases en 1950.

Al ser encontrados, faltaban 16 tomos. Hoy todavía faltan (en la Biblioteca Nacional de Venezuela) 14, de los que arribaron a Caracas un día de 1829.

V

Miranda nunca olvidó su tierra, su ciudad, su *alma mater* que le dio principios de cultura y moral. Al donar la valiosa colección de textos griegos y latinos dio una demostración elocuente del amor a la patria. Para concluir esta breve nota en torno a las relaciones entre la Universidad y Miranda, creemos oportuno señalar que en las Actas del Claustro no aparece ninguna referencia a los famosos ataques propinados por A. Valverde a la filosofía aristotélica en un acto público celebrado en la Universidad de Caracas en el año 1770. Y llama poderosamente la atención que un hecho de tanta significación pasara desapercibido por los claustrales y las autoridades académicas, tan celosas en guardar la más rígida ortodoxia de la enseñanza.

El contenido de los ataques a Aristóteles y su filosofía por parte de Valverde, se conoce únicamente a través de Miranda, quien tal vez presen-

ció la polémica y recogió el texto de la disputa y sus incidencias en uno de los tomos manuscritos de su archivo.⁵ Este documento encierra –como subraya Caracciolo Parra León– los primeros gritos de guerra contra el Peripato la tarde del 1º de agosto de 1770.

Gracias a Miranda, sabemos que ese día tuvo lugar una acalorada y pública disputa entre el profesor universitario Conde de San Javier y “un cierto filósofo Valverde, de noble condición y estado eclesiástico”, quien se atrevía a afirmar que Santo Tomás “bebió del cielo” sus principios filosóficos y no los aprendió “de los infames libros de Aristóteles”. Molesto y enfadado el Conde por estos temerarios juicios, obligó a Valverde a que extendiera por escrito su opinión. Y así –repite Parra León– produjo Valverde su defensa, curioso documento que mantiene hasta el presente la memoria del suceso.

Valverde sostenía que la filosofía aristotélica era un “abrevadero de impiedades y discordias”, que no era “útil ni para el conocimiento de la naturaleza, ni para tratar la Sagrada Teología. Su Física resulta sumamente ingenua y pueril. Su fuego elemental es hoy la burla de los niños bien instruidos. De los colores supo tanto nuestro Estagirita como si nunca los hubiera visto”. Y que todos los siglos que veneraron ciegamente la autoridad de Aristóteles, negándose al raciocinio y a la experiencia, estuvieron cubiertos de espesa ignorancia; y que todos los que intentaron sacudir el tiránico e irracional yugo aristotélico, “eran perseguidos como herejes”. En fin, Valverde sostenía que los teólogos aristotélicos habían reducido “la incomparable ciencia de la Teología a un pueril juego de palabras, sin jugo, fondo ni instrucción” y, por tanto, urgía una filosofía “más viva, mejor nutrida con la ciencia de las fuentes originarias, y mejor ensamblada del saber concreto y positivo”.

Revela este utilísimo escrito de Valverde un deseo de remozar la enseñanza de la filosofía en la Universidad de Caracas y también observamos el celo de Miranda, al guardar el valioso texto de la disputa en su archivo. Por esa vehemente pasión mirandina de conservar útiles testimonios documentales, la historia de nuestra Casa de Estudio se amplía extraordinariamente con la presencia en las aulas de este espíritu de renovación y cambio académico en la segunda mitad del siglo XVIII.

5. Miranda al salir de Caracas en 1771, llevó consigo tres textos: el documento de la polémica de Valverde, un informe sobre *El modo de fundar una hacienda de cacao y sus modalidades*; y un instructivo para *reparar relojes*. Pineda, Rafael, ob. cit. pag. 146.

Es muy seguro que las reflexiones de Valverde impactaron el ánimo del joven Miranda, especialmente aquellas donde habla de “vivir en un siglo tan lustrado”, cuando propugna que la verdad nunca es escandalosa, o cuando se queja de la “escasez de libros que hay en la Provincia”, lo que constituía una severa reacción contra la ignorancia y el oscurantismo. Tales reflexiones –como apunta Polanco Alcántara– parecían un himno a la libertad y sembraron en Miranda un insaciable deseo de aprender y estudiar. Por eso llevó consigo el documento y por eso se marchó a España a buscar la belleza, la verdad, la ciencia y la instrucción. Al llegar a Madrid busca y lee las obras de Hume, Locke, Burlamaqui, Raynal, el Padre Las Casas y Maquiavelo, junto a los libros de matemáticas, geografía, idiomas y ciencia militar.

Con grandes sacrificios formó una biblioteca de seis mil volúmenes. Bolívar la conoció en Londres y dijo de ella “es hermosa” y “tiene el mérito de haber pertenecido al más ilustre colombiano”.

VI

Documentos del Archivo Histórico de la UCV sobre los estudios de Francisco de Miranda

Cuando Francisco de Miranda se marcha de Venezuela en 1771, la Universidad de Caracas –según testimonios del obispo Mariano Martí– albergaba pocos estudiantes y poseía escasas rentas consistentes en el diez por ciento de los diezmos del obispado. “La fábrica –informaba el prelado– no es mala, pero por reducida se le añadió... un claustro... Está contigua al Palacio Episcopal y tiene una Capilla con puerta a la calle, altar decentemente adornado, cátedras, tribunas y sacristía; tiene también en la actualidad tres cátedras de Latinidad, dos de Filosofía, dos de Teología Escolástica, una de Teología Moral, una de Escritura y otra de Música, y así mismo hay una escuela de leer, escribir y contar”. A ello debe agregarse la Cátedra de Medicina, fundada por el doctor Lorenzo Campins y Ballester en 1763.

En el Archivo Histórico de la Universidad Central de Venezuela localizamos varios documentos fundamentales. El primero es una certificación expedida por el catedrático de Latinidad de Menores, presbítero doctor Antonio Monserrate el 10 de enero de 1762, con el nombre de todos los cursantes de esa asignatura. En dicha lista figura Francisco de Miranda que comenzaba en el año de 1762, el aprendizaje del latín en las aulas universitarias caraqueñas.

El texto completo del documento reza así:

Arch.Univ. Matrículas. Libro 2º. Años 1673 – 1762

“Clase de menores que regenta el doctor don Antonio Monserrate, y corre desde 10 de enero de 1762 con los estudiantes siguientes:

- Dn, Silbestre Méndez – (natural de) Caracas
- D. Julián Chirinos – Caracas
- D. Juan Nicolás Mediomundo – Barquisimeto
- D. Antonio Carrasco – Caracas
- D. Juan Medina – (La) Guaira
- D. Manuel del Toro – Caracas
- D. Carlos Matos – San Sebastián
- D. Miguel Pacheco – Caracas
- D. Vicente Lugo – (La) Victoria
- D. Juan Castillo – Caracas
- D. Sebastián Francisco Miranda – Caracas
- D. Bartolomé Madrid – Guanare
- D. Alonso Vargas – Caracas
- D. Miguel Mosquera – Caracas
- D. Bernardo López – Caracas
- D. Juan Bautista Espinoza – Carora
- D. José Antonio Fajardo – Caracas
- D. José Antonio del Toro – Caracas
- D. Simón Hernández – Caracas
- D. José Francisco Arraiz – Caracas
- D. Francisco Javier Polanco – San Mateo
- D. Clemente Lugo – (La) Victoria
- D. Joaquín Labrador – Caracas
- D. José Félix de Castillo – (La) Victoria
- D. Diego Febres – Caracas

Tenemos, pues, que don Francisco de Miranda inició sus estudios universitarios a los doce años de edad en la Universidad de Caracas donde también aprobó dos cursos de filosofía con el doctor Francisco José de Urbina. Así aparece en la certificación de estudios de 30-VI-1767, que dice: “Marcos de Madrid, Secretario de la Real y Pontificia Universidad y Estudio General de Santa Rosa de esta ciudad de Caracas, certifico y doy fe, como habiendo visto y reconocido los Libros de mi cargo, hallé que don Sebastián Francisco de Miranda, natural de esta ciudad, dio un curso de Artes que en esta Universidad leyó el Dr. D. Francisco Joseph de Urbina, como consta de dicho libro y certificación del referido catedrático, y de requerimiento del referido

don Sebastián doy la presente en Caracas a treinta de junio de mil setecientos sesenta y siete años.

Marcos de Madrid, Secretario de Universidad”

El segundo documento indica que Francisco de Miranda estudió filosofía desde el 26 de septiembre de 1764 hasta el 22 de julio de 1766 con el doctor Francisco José de Urbina, quien redactó un curso de filosofía tomística para la explicación de sus clases. El texto completo de este curso lo publicó el doctor Juan David García Bacca, en su *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano* (T. II.) Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1964.

Miranda sólo cursó dos años del trienio obligatorio para la obtención del título de Bachiller en Artes (Filosofía). Sus compañeros de estudio en el primer año fueron los siguientes:

<i>Nombre</i>	<i>Lugar de Nacimiento</i>
Estevan Fernández de León	Extremadura
Juan José Rubí	San Felipe
Rafael Tomás Peña	Caracas
Agustín Antonio Aguirre	Caracas
José Estanislao Mayoral	San Felipe
Francisco Polanco	San Felipe
Nicolás Pumar	Barinas
Pedro Sanabria	Caracas
Manuel Antonio Abrahan	Caracas
Francisco Javier Tinoco	Caracas
Juan José Calisto	Caracas
Juan de Avila	Caracas
Juan Antonio Navarrete	San Felipe
Francisco Zurita	Canarias
Juan de Avila (sic)	Canarias
Juan Nicolás Mediomundo	Barquisimeto
Julián Chirinos	(La) Guaira
Francisco Medina	(La) Guaira
Tomás Ravelo	(La) Guaira
José Hilario Mora	Caracas
Rafael Rodríguez	Caracas
Francisco Rodríguez de la Barreda	Madrid
Manuel Segovia	Guatire
Juan de Avila (sic)	Caracas

Diego Fortique	Caracas
José Vicente Infante	Caracas
Blas José Ortega	Caracas
Ignacio Garmendia	Caracas
José Antonio Osío	—
Felipe Antonio Fernández	San Felipe
Miguel Antonio Barreda	Caracas
Domingo González	Caracas
Mateo Gelder	Caracas
José Garmendia	Caracas ⁶

Otro documento importante del libro segundo II de matrículas de la Real y Pontificia Universidad de Caracas, folio 127, textualmente dice:

“En veinte uno de julio de 1766 probaron su curso de la clase de Artes (filosofía) que regenta el Dr. D. Francisco Urbina los estudiantes siguientes:

1.- D. Pedro Gil	Caracas
2.- D. Francisco Veles	Caracas
3.- D. Nicolás Pumar	Barinas
4.- D. Francisco Polanco	San Matheo
5.- <i>D. Francisco de Miranda</i>	Caracas
6.- D. José Antonio Navarrete	San Felipe
7.- D. José Garmendia	Caracas
8.- <i>D. Sebastián Francisco de Miranda</i>	Caracas
9.- D. Julián Chirinos	Guanare
10.- D. Estevan Fernández de León	Extremadura
11.- D. José Mayoral	San Felipe
12.- D. Pedro Sanabria	Caracas
13.- D. Blas Ortega	Caracas
14.- D. Manuel Abraham	Caracas
15.- D. Rafael Peña	Caracas
16.- Diego Fortique	Caracas

Marcos de Madrid.
Secretario

6. *Cfr.* Arch. Univ. Libro de Matriculas. Años 1673-1762.

El atento lector observará que en esta certificación, se repite dos veces el nombre de Miranda por un supuesto error del escribano; aunque algunos estudiosos como el doctor Rafael Domínguez, Bibliotecario en 1925 en la UCV, sostiene erróneamente que se trata de personas diferentes. *“Ese Sebastián Francisco –decía– no era el futuro Precursor, sino el otro estudiante y su condiscípulo universitario, Francisco Miranda, pero que era hijo natural y por ello no aparecía su partida de filiación.*

Para rebatir la afirmación de Domínguez, Angel Grisanti se apoya en el padrón de las casas y hogares de Caracas del año 1759. Ahí figura el hogar de los Miranda Rodríguez y se indica claramente las personas que lo componían:

Don Sebastián de Miranda
 Da. Francisca Antonia Rodríguez Espinoza
Hijos
 Francisco
 Ana Antonia
 Rosa
 Micaela
 Xavier
 Don Martín de Unda, agregado, natural de Goizueta
Esclavos:
 Manuela
 Juana
 Eusebia
 Rosa María
 María Teresa
 María Rita
 José Antonio
Libres:
 Gregoria Blanco
 Felipe Blanco
 Manuela Antonia

“Como se ve –añade Grisanti–, Francisco Antonio Gabriel no figura entre los hijos del matrimonio. Si hubiere estado ausente, en casa de algunos familiares, se hubiera hecho constar en el empadronamiento o censo levantado...”⁷

7. Grisanti, Angel. *Miranda estudiante universitario* (Revista “Cultura Universitaria”), XVII-XVIII, Caracas, Universidad Central de Venezuela; 1950, pp. 10-18.

Aunque la permanencia de Miranda en la Universidad fue relativamente breve, la educación recibida resultó básica y suficiente ya que contó con la tutela docente de afamados maestros. Miranda –manifiesta Tomás Polanco Alcántara– al salir de las aulas sabía manejar bastante bien el latín, conocía las obras de Virgilio y Cicerón, poseía nociones fundamentales de Lógica, entendía matemáticas y estaba enterado de las líneas generales de la Historia.

Sus maestros universitarios, pensamos nosotros, le inculcaron además la afición por los libros, modelaron su mente crítica y tal vez, sembraron en el alma del joven caraqueño el gusto por la música en las lecciones de la cátedra de canto llano.

El Precursor de la Independencia fue, pues, un lector voraz, un espíritu abierto a la cultura clásica, un viajero ilustrado del siglo XVIII y un fogoso revolucionario. En 1784 cuando visitó el prestigioso Colegio de Yale, en Estados Unidos de Norteamérica, el presidente de esa institución doctor Ezra Stiles se impresionó con esta extraordinaria personalidad de aquilata-dos conocimientos y estampó estas memorables frases que hoy todavía mantienen plena vigencia: *Miranda “es un hombre de sublimes pensamientos y penetrante entendimiento, conocedor de las lenguas modernas y experto en libros y en amistad con el mundo... Su interés por la libertad (de Hispanoamérica) es la nota más resaltante de su carácter... admiramos su talento y sus virtudes, y le deseamos prosperidad en sus propósitos”*.

Bibliografía

- BOHÓRQUEZ MORÁN, Carmen: *Francisco de Miranda, Precursor de la Independencia de la América Latina*. Caracas, Publicaciones de la Universidad Católica “Andrés Bello”, 2001.
- CASTILLO DIDIER, Miguel: *Grecia y Francisco de Miranda. Precursor, héroe y mártir de la Independencia Hispanoamericana*, Santiago de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 2002.
- DUARTE, Carlos F.: *Mobiliario y Decoración Interior durante el período hispánico Venezolano*, Caracas, Armitano Editores, 1995.
- GARCÍA BACCA, Juan David: *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano*. T. II. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1964.

- GARCÍA, Lautico: *Francisco de Miranda y el antiguo régimen español*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1961.
- GÓMEZ PARENTE, Odilo: *Los Franciscanos en Venezuela, labor educativa y cultural durante los años de la Colonia*. Caracas, Imprenta Miguel Ángel García e hijo, 1997.
- GRISANTI, Ángel; *Miranda estudiante universitario* (Revista "Cultura Universitaria", Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1950, pp. 10-18).
- LEAL, Ildefonso: *El Claustro de la Universidad y su Historia, 1756-1774*. Caracas, Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela, 1979.
- LEAL, Ildefonso: *Historia de la Universidad de Caracas, 1721-1827*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1963.
- MUÑOZ GARCÍA, Ángel: *La Filosofía del Siglo XVIII en la América Colonial*. (Revista de Filosofía Numero Espacial I, Maracaibo, Universidad del Zulia, 1995, pp 25-39).
- PINEDA, Rafael: *Iconografía de Francisco de Miranda*, Caracas, Editorial Arte, 2000.
- POLANCO ALCÁNTARA, Tomás: *Francisco de Miranda ¿Ulises, don Juan o don Quijote?* Caracas, Editorial Ex Libris, 1997. 3ª edición
- QUINTERO, Inés: *Francisco de Miranda*, Caracas, Ediciones de El Nacional y Banco del Caribe, 2006.
- DOMÍNGUEZ, Rafael: *Miranda en la Universidad* [Diario "El Universal", Caracas, lunes 30 de noviembre de 1925, pp. 5-6].